de las ideas contenidas en el poema *De rerum natura*, del mecanicismo de Descartes en su animal-máquina, y del sensualismo de Locke y Condillac. Apenas si merece otro título que el de simple vulgarizador de ideas antiguas, de todo el mundo bien conocidas, siendo por otra parte tan superficial como todos los filósofos de la enciclopedia. El barón de Holbach, y más tarde los médicos Brussais y Cabanis, así como también el inglés Priestley, repitieron las mismas ideas, acudiendo al animal-máquina de Descartes en busca de una fórmula explicativa de la psicología humana. Semejantes doctrinas produjeron honda huella en aquella sociedad incrédula y frívola, y por esto mismo dispuesta á recibir como bueno todo ideal que justificase su gran corrupción; quedando después como fermento poderoso que ha intervenido eficazmente en los trastornos y cambios intelectuales y sociales del siglo XIX.

Á mediados de este último siglo reaccionan estas ideas con una sacudida violenta; y el materialismo de los enciclopedistas, más literario que filosófico, sin abandonar sus radicalismos, va á recibir el barniz científico que le faltaba. Cansados de especulaciones aventuradas é inconsistentes algunos discípulos de Hegel, hartos de fórmulas trascendentales vacías, resolvieron convertir la unidad trascendental del maestro en unidad material, y se aplicaron con entusiasmo á buscarla en la química orgánica, en la fisiología y en la anatomía comparadas.

Un hombre y un libro contribuyeron de una manera especial al crédito del materialismo en esta época: el hombre fué el alemán Moleschott, y el libro su obra *La circulación de la vida* (1). Su aparición fué saludada con entusiasmo, que bien pronto llegó á convertirse en popularidad. Reuniendo todos los datos científicos, creyó Moleschott haber comprendido el enigma del mundo y poder explicar el secreto de la actividad universal. La naturaleza—se dijo—es una, y su actividad es también una sola; la materia y la fuerza son los dos elementos en que se resuelven, á fin de cuenta, todos los seres; las más elevadas realidades no son de naturaleza distinta que las más humildes; todos los seres orgánicos se resuelven en amoniaco, ácido carbónico, agua y algunas sales. «Una botella, dice, que contenga carbonato de amoniaco, cloruro de potasio, fosfato de sodio, calcio, magnesia, hierro, ácido sulfúrico y sílice, encerraría, de una manera ideal, el principio vital de las plantas y de los animales». En cuanto al hombre, también estaría contenido en la botella, porque su organismo no difiere del organismo animal, y fuera de esto no hay nada; la conciencia es una variedad específica de la fuerza material. «El pensamiento no es más que un movimiento de la materia». «El pensamiento—se complace en repetirlo á cada

---

(1) Véase *L'âme humaine* del P. COCONNIER, página 44.—París, 1890.

página—es una fuerza, una transformación de la materia cerebral».

He aquí el materialismo en su forma la más grosera y brutal; sus filas fueron engrosando con los desertores del hegelianismo, que cayó de su pedestal con estrépito, y pronto se le vió presentarse en todas partes como la única solución de los problemas de la naturaleza, apoyándose en la filosofía y en la ciencia. Sin embargo, los momentos de exaltación frenética no podían ser duraderos; era más bien una crisis violenta del idealismo, y no se hizo esperar la contrarreacción, que fué preparando una atmósfera intelectual indefinida y enemiga de todo radicalismo, como la en que vivimos al presente.

El materialismo llena la atmósfera intelectual de nuestros días; pero el materialismo de fines del siglo XIX difiere mucho del de épocas anteriores; hoy ya no agradan las declamaciones oratorias de los filósofos de la enciclopedia, por demasiado inocentes; tampoco se aceptan, al menos entre los sabios de profesión, los radicalismo brutales con que los Büchner, Moleschott, C. Vogt y Bauer, deshonraron la ciencia filosófica hacia la mitad del siglo pasado; semejantes desplantes se han reducido hoy al patrimonio de unos cuantos vulgarizadores, que pueden tenerse como el hampa entre los dedicados al cultivo de la ciencia. Büchner y C. Vogt han querido saludar la aurora del siglo XX con dos obras que reproducen el espíritu y los procedimientos con que labraron su celebridad anterior, y al público

sin distinción, sobre todo al público sensato, sólo le ha inspirado indiferencia y compasión; no se podía aplaudir el último estertor de ideas que todo el mundo había dado por bien muertas (1). Á este materialismo dogmático y de sistema ha sustituído otro, más conforme con el estado de alma de nuestros contemporáneos, de duda y de indeferencia por todo problema que traspasa el hecho. Nadie se preocupa de sostener la tesis materialista como ni la espiritualista, se ha convenido en que esto es indemostrable; así que, se está por una ó por otra inconscientemente y según el medio intelectual que se respira, y el género de estudios que impone la profesión.

Y como la atmósfera intelectual está saturada de positivismo, y éste ha logrado imponer el culto del hecho físico, de lo que se ve y se palpa, con perjuicio de las inducciones lógicas, encontrando un medio favorable á su propagación en el portentoso desarrollo y en los prestigios de las ciencias experimentales, de aquí que la moda psicológica imperante propende á buscar en la experiencia externa y en el hecho físico la interpretación de todos los fenómenos de la con-

---

(1) *Á la aurora del siglo,* se titula la primera de BÜCHNER, escrita poco antes de su muerte ocurrida en 1899. La segunda, de C. VOGT, titulada *Los enigmas del universo*, es una especie de testamento de su espíritu escéptico y materialista impenitente. La crítica ha juzgado duramente una y otra producción, como desprovistas totalmente de valor científico y de sentido filosófico.

ciencia y de la vida. Organos y sensaciones, inteligencia y cerebro, actividad orgánico-mecánica y acciones libres de la voluntad, todo se baraja, identifica y confunde, las más de las veces inconscientemente, resultando de aquí un amasijo de elementos tan heterogéneos y de nociones tan antitéticas, que cabe muchas veces preguntar si la confusión puede llegar á producir convicciones tan disparatadas.

Un hecho nos podrá explicar esta confusión de ideas, y nos dará también razón de por qué la psicología dominante es materialista, al menos en sus tendencias. Sus cultivadores, venidos, por lo común, del campo de las ciencias naturales, han traído al de la psicología una educación viciosa, sin conocer más procedimientos que el de la experimentación y observación externa, sin haber verificado otros análisis que el anatómico y fisiológico del organismo y sus funciones. Y sin más preparación filosófica ni psicológica, y habituados á emplear, como medio único de análisis, el escalpelo, el microscopio y los reactivos, penetraron en los dominios de la conciencia, bien persuadidos de hacer obra de psicología al estudiar los concomitantes orgánicos de la conciencia, cuando, en realidad, no habían traspasado el campo de la fisiología. Quien quiera que se haya tomado la molestia de seguir el desenvolvimiento de la novísima psicología, habrá podido notar cómo el 60 por 100 de los trabajos que llevan el nombre de psicológicos, son nada más que estudios sobre el sistema nervioso; y habrá podido notar también, cómo se da por supuesto que el espíritu humano es función del sistema nervioso, ó se procede en los análisis *como si lo fuera*. Quien desconoce las primeras nociones de matemáticas, es en vano que intente la resolución de un problema, ni puede ahondar en las complicadas funciones cerebrales el que apenas ha saludado la fisiología nerviosa; del mismo modo los análisis de las complejísimas funciones del espíritu exigen, por lo menos, tanta preparación como cualesquiera otros, y pecaría de temerario quien penetrase en los recónditos senos de la conciencia, sin luz, sin guía y como por asalto.

Si es verdad que los nuevos psicólogos adolecen de falta de preparación filosófica, han emprendido en cambio su obra con grandes bríos y entusiasmos; han escrito volúmenes sin número, y fundado multitud de revistas, y establecido laboratorios psicológicos en donde estudiar prolija y experimentalmente las actividades psicológicas y sus bases orgánicas, en las distintas fases y condiciones de la vida humana: la sensación, la inteligencia, la voluntad, el instinto, las pasiones y los movimientos reflejos, los estados anormales de la conciencia, las funciones de la vida de relación en las especies animales, para compararlas entre sí y con las funciones psicológicas del hombre, etc. Hasta ahora es bien exiguo el resultado de tantos esfuerzos, pues si en

el inmenso cúmulo de materiales reunidos los hay útiles á la ciencia psicológica, y que podrán contribuir en algo á esclarecer los problemas de la conciencia, hay, en cambio, otros muchos, quizá el mayor número, que habrán de ser completamente estériles y aun perjudiciales á la verdadera y sana psicología; por el apriorismo que los encadena violentamente á una hipótesis que sólo tiene realidad en la cabeza del experimentador, por el empeño de ajustar la realidad á preocupaciones sistemáticas; como si la realidad pudiera convertirse en lo que el hombre quiera, ó como si la inteligencia que construye los sistemas fuere la medida de la verdad, y no al contrario.

Como consecuencia de estas tendencias materialistas, es de ver con cuánta frecuencia se falsea la realidad y la experiencia, ó se mutilan sus informaciones á fin de ajustarlas al molde preconcebido, forzándolas así á decir lo que no contienen. Son los datos de la experiencia testimonios mudos que necesitan interpretación, y si ésta ha de ser legítima y sincera, deben aquellos tenerse en cuenta en el conjunto de todos sus aspectos y relaciones. Omitir uno cualquiera de los aspectos de la realidad, expone á dar una explicación errónea, distinta, si no contraria á la que de hecho corresponde. Para leer ó descifrar un escrito ha de evitarse cualquier mutilación; una pequeña y al parecer insignificante, bastaría para alterar completamente el pensamiento que contiene. Los datos experimentales son también caracteres ó signos en donde la naturaleza ha escrito las leyes y principios que la gobiernan; y para que los principios y las leyes que nosotros interpretamos sean legítimos, la verdadera síntesis de los hechos, preciso será no omitir nada de cuanto nos ofrece la experiencia. Elegir solamente los datos que más convienen á nuestro propósito y á nuestra manera especial de ver las cosas, conduce á encontrar en la realidad nuestros caprichos, no lo que en ella se encierra, sino lo que nosotros queremos que contenga. En semejante manera de analizar é interpretar la realidad, los fenómenos naturales pueden prestarse á toda clase de explicaciones contradictorias; y la ciencia, aun la experimental, queda reducida á un conjunto de apreciaciones subjetivas, y de sofismas, con soluciones distintas conforme á los distintos gustos de cada uno.

Tal es el vicio de origen que caracteriza á la gran turba de psicólogos materialistas; todo lo ven según el color del cristal con que miran; ó lo que es lo mismo, en todas partes creen encontrar realizada su hipótesis, preocupándoles más que nada el trabajo de selección de cuanto puede directa ó indirectamente favorecerla. Y cuando ciertos hechos les cierran el paso en su camino, ó no se toman la molestia de examinarlos, ó los desfiguran á capricho, ó resueltamente se les califica de *ilusiones*. Este procedimiento, que ni es lógico ni científico, ni tiene nada de noble y sincero, es el *deus ex machina* que á cada paso se

ve intervenir en las producciones del materialismo psicológico.

Hay, sin embargo, representantes de la nueva psicología, y son los más beneméritos, que proceden con lealtad en sus investigaciones. Cuidan éstos de no despreciar ningún dato ni aspecto de las observaciones, de no aventurar hipótesis hasta que experiencias repetidas no las autoricen, y de no sentar leyes que no estén plenamente confirmadas. Respecto á la naturaleza y al principio primero de los actos psíquicos, guardan, por lo común, silencio que ellos juzgan prudente; en este punto es hoy general proceder bajo la hipótesis de que en la experiencia nada autoriza la identificación de los dos órdenes subjetivo y objetivo; la teoría del paralelismo irreductible obtiene hoy el favor, si no del mayor número, de los primeros representantes de la psicología experimental: (Wundt, Ziehen, Ebbinghaus, Höffding, James, Ladd, etc.; hasta el mismo Spencer confiesa que en el terreno de los hechos, «no puede hallarse comunidad alguna de naturaleza visible ni concebible» entre lo psíquico y lo físico.) No suelen manifestarse espiritualistas ni materialistas, y se concretan al análisis de los hechos de uno y otro orden, creyendo servir así mejor á los intereses de la ciencia, que debe ser, dicen, experimental. A pesar de esto, no han conseguido sustraerse á la atmósfera general favorable al materialismo entre los científicos, ni suelen ocultar sus simpatías por un monismo que tiene mucho de común con él.

Es muy conveniente distinguir estos dos grupos, que se reparten el cultivo de la ciencia experimental psicológica: los unos trabajan por la idea preconcebida, y entre los científicos no suelen tener reputación; más bien que psicólogos ó filósofos, son mercaderes de ideas ajenas y sectarios propagandistas del materialismo; los otros, sensatos y sinceros, opinan que con la dirección exclusivamente experimental, llegarán á constituir una nueva ciencia psicológica cerrada á toda cuestión ó disputa metafísica; no incurren en las extremosidades del espíritu sectario; pero son arrastrados por el medio intelectual, saturado de enemiga contra los altos ideales del espiritualismo, á simpatizar con las conclusiones materialistas.

Ha contribuído no poco á generalizar las aberraciones del materialismo, el fin bastardo que guía á muchos de sus propagandistas. Más que la verdad se busca el aplauso y la admiración del público; y el público, que se dice científico, pero que se compone de personas ayunas por lo común de ideas, y que aborrece la profundidad y la solidez doctrinal, escucha con entusiasmo la novedad retórica é insubstancial, y prodiga sus aplausos al atrevimiento inaudito y á la brillante paradoja. Semejante vicio del público se ve fomentado por la crítica irreflexiva, que, acomodándose al patrón de la moda imperante, aprecia el mérito de las ideas según la mayor ó menor originalidad que encierran, y no atiende para nada á la solidez de los conceptos. En las

producciones artísticas es libre el espíritu para crear y modificar la realidad, según los vuelos de la inspiración; pero no así en las investigaciones científicas donde la inteligencia tiene sus límites marcados por la verdad; y el forjar sistemas y construcciones ideales fantásticas, sin otro fundamento que el alarde y capricho de los autores, es contrario al fin y á la naturaleza de la verdad científica. Esta es siempre la misma é invariable; y la ciencia, que es su expresión, debe ser constante, aunque progresiva. Cierto que la lucha de ideas suele ser fecunda; pero tan sólo cuando es el resultado de convicciones sólidas y profundas, y no de superficialismos presuntuosos; en filosofía trae además consigo el escepticismo, sobre todo cuando va inspirada en el prurito de originalidad, en el espíritu de sistema, y en otros motivos ajenos ó contrarios al noble anhelo de la sabiduría.

En resumen: el materialismo recluta hoy sus adeptos entre los dedicados al cultivo de las ciencias físicas; y especialmente entre los fisiólogos, médicos y naturalistas que, sin la preparación debida, han invadido el terreno de la psicología. Este materialismo suele ser inconsciente en el mayor número, debido á una educación defectuosa en filosofía, ó nula, y al ambiente general que se respira por todas partes; y sectario y sistemático en otros, que se empeñan en encarnar en la experiencia sus ideas apriorísticas; motivado por los hechos debidamente interpretados, en ninguno. Los radicalismos van

pasando de moda, en este sentido la ciencia ha ganado mucho; hoy nadie es materialista por razones de hecho ó de experiencia, sino tan sólo por preferencias subjetivas y fanatismos *à priori*. El tiempo ha venido á confirmar la frase repetida por Claudio Bernard: «Podría demostrarse, dice, fácilmente, que en filosofía el materialismo ni conduce á nada, ni explica nada»; lo cual seguramente provocaría entonces la sonrisa de no pocos *sabios*. Una sencilla comparación de las producciones de psicología fisiológica de la última docena de años con las anteriores, bastaría para demostrar cómo los entusiasmos fisiologistas están en baja creciente á medida que se aproximan á nuestros días; el estudio más minucioso, exacto y sereno de los fenómenos de conciencia y los fisiológicos, y de las condiciones de unos y otros, ha hecho alguna luz en la confesión anterior y disipado multitud de prejuicios de escuela que desnaturalizaban los trabajos psicológicos.

En una revista muy conocida por sus ideas fisiologistas, la *Revue scientifique* de París, apareció una serie de artículos no hace mucho tiempo, acerca de la interpretación de que son susceptibles los trabajos de psíco-física, tal como ésta se halla al presente, al fin de los cuales se leen estas palabras: «En consecuencia, la medida de la intensidad de los procesos psíquicos no es un signo de su materialidad, sino que demuestra, por el contrario, su inmaterialidad. Un filósofo, que se presenta como el defensor del mate-

rialismo en su forma, la única aceptable al presente, Duhring, hablando de la posibilidad de la medida de las sensaciones, se expresa de la siguiente manera: «La aplicación de los principios »mecánicos á la sensación subjetiva parece impo»sible, porque en la sensación nada hay que se »asemeje á la realidad objetiva, ó que pueda ser »concebido desde el punto de vista de la materia »y del movimiento... Y esta es la razón de por »qué es absurdo adaptar la mecánica de la ma»teria inmediatamente á los componentes de la »conciencia, cuando se examinan en sí mismos». La expresión de «medida»—continúa el articulista—no se aplica de igual modo á los fenómenos físicos y psicológicos; la intensidad de éstos no se parece en nada á la cuantidad de los anteriores, y de que las sensaciones puedan medirse, ou se sigue que el elemento psíquico tenga que ver con el físico» (1).

ARTÍCULO SEGUNDO

LA CONCIENCIA

La conciencia es la única realidad que, en el continuo destruir y edificar de la filosofía contemporánea, ha quedado siempre al abrigo de

(1) Ts. CHELPANOFF, *Mensuration des phénoménes psyquiques*, trad. del ruso, publicado en la *Revue Scientifique*. Febrero y Marzo de 1900.

los ataques del escepticismo. Creencias seculares, convicciones espontáneas y necesarias para la vida del hombre, la existencia del mundo en que vivimos, Dios como causa universal del mismo, y especialmente como fundamento del orden moral y social, todo ha sido objeto de crítica despiadada; pero los más audaces representantes de la negación filosófica se han detenido en las fronteras de la conciencia, cuyos límites les ha sido imposible franquear. Hasta aquí nadie ha dudado todavía de su propio ser; y si alguien lo hiciera presentando su doctrina con aparato científico, lo más lógico en este caso sería procurar al tal filósofo medios para curarse de su enfermedad. Con razón Descartes estableció el límite de la duda posible en la conciencia, cuyos fenómenos se sienten, no se demuestran.

Pero si en esto no ha habido jamás, ni cabe discusión, no sucede lo mismo cuando se trata de explicar lo que es y lo que significa en la vida humana la conciencia, las relaciones que la unen con el mundo exterior, y su importancia en el conjunto de la ciencia. Aquí la filosofía de nuestro siglo ha dado las pruebas más patentes de su movilidad é inconsistencia, pasando de una á otra por todas las teorías posibles, sin excluir las más extravagantes y contradictorias. Tan pronto la ha colocado en el trono de la divinidad, como la ha hecho descender al nivel de los objetos más despreciables, indignos de cautivar la atención del sabio. Hubo una época, de la cual aún quedan vestigios, en que una turba de so-